



Defendamos la Raza Indígena ¹

Armando Solano ²

Muchas veces he soñado con escribir algún día el libro de Boyacá. No sería un libro atiborrado con números ni con datos muertos. No sería tampoco un libro que recordara las glorias conquistadas por esa comarca para la República.

Más bien pudiera asemejarse a un itinerario sentimental: a una guía del corazón, para el uso exclusivo de los hijos de Boyacá. Por sus páginas pasarían encorvados y macilentos, silenciosos y torvos, esos príncipes desposeídos, que llevan sobre sus hombros un manto tejido de lana sin teñir, y que desdeñosos y altivos en lo profundo de su alma, se ocultan en refugios ignorados, sin contacto con los asesinos de los magnos caciques y de los Sumos Sacerdotes. Allí se escucharía, rítmico y sollozante, invitando a una triste voluptuosidad el susurro de los maizales mecidos por el viento.

De la tinta con que esas hojas fueran escritas, se desprendería el aroma tónico y fuerte que flota en las mañanas campesinas, cuando cae la leche humeante en los cántaros de loza de Ráquira. Y cubriría con su rugido eterno aquel canto encendido de fervoroso amor, el oleaje lento y amenazante de la laguna de Tota.

Aún en las regiones menos maternas, aún en aquellas cubiertas por el hielo durante largos meses, el trabajo del campo goza de un atractivo subyugador. No podemos evocarlo sin la íntima emoción sedante, fresca, de pureza y franca sencillez.

¹ Landinez Castro Vicente, *El Lector Boyacense*, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Ediciones La rana y el águila, Tunja, 1979, págs. 138-144.

² Historiador, periodista, nació en Paipa (Boyacá) en 1887 y murió en 1953, autor de “La melancolía de la raza indígena” Librería colombiana, Bogotá, 1929. de donde se toma este artículo.



Llega a nuestros oídos la onda sonora de los cantos con que acompañan los segadores su tarea simbólica, y a la luz desfalleciente la silueta de los sembradores se alza como un emblema de la santa y feliz simplicidad. ¿Por qué no hemos de ser capaces de llevar la alegría a nuestras praderas, donde suspira un pueblo tímido que le atribuye al cielo su desventura? ¿Por qué no ha de volver al cortijo la abundancia, nodriza de la buena intención? Es cierto que pesan ya sobre nosotros, acerbos problemas sociales que la incompetencia dejó delinarse y cristalizar. Pero, a pesar de ciertos ridículos alardes cosmopolitas, de ciertas veleidades financieras, somos una tribu pastoril que moriría si se apartara del suelo como fuente de su riqueza y de su bienestar. Si quisiéramos repoblar el campo y cultivarlo sin protervos egoísmos, la fortuna coronaría ese anhelo.

No hay sino un camino para acuñar en realidad tal aspiración: iniciar la defensa, es decir, la protección, la conservación y la glorificación de la raza indígena, que se empobrece, decae y desaparece a ojos vistas, en medio de una indiferencia censurable, que revela el descorocimiento de nuestro pasado, de nuestro presente y de nuestro futuro. Nada habla peor de nuestra fatua superficialidad que el concepto despectivo del indio, que ostentamos, y la vanidad fincada en afirmar que no llevamos en las venas sangre india. Al revés de lo que pasa en todos los pueblos del orbe, renegamos de nuestros orígenes, no queremos tener tradiciones, preferimos llamarnos hijos del guerrero que despojó a nuestros padres y tomó posesión violenta, sin otro título que la fuerza, del suelo que les pertenecía, a proclamarnos con orgullo descendientes de la raza desposeída, propietaria legítima, y que defendió con heroicidad la tierra en donde hemos debido nacer libres y llevar una vida feliz. En los Estados Unidos del Norte, donde se lleva a cabo una labor inteligente, costosa y tenaz para amparar a los indios; donde se han levantado monumentos soberbios para



eternizar la memoria de la raza madre, y se procura con todos los modernos recursos librar de la extinción lo que resta de ella, no hay, en las altas esferas de la plutocracia y de la intelectualidad, título más honroso que el de una comprobada ascendencia indígena. Yo mismo tuve ocasión reciente de conocer en Panamá una bella dama de la aristocracia yanqui, esposa de un alto funcionario de la zona del canal, que no cabía en sí de radiante satisfacción cada vez que lograba hablar de sus abuelos pielesrojas. Y eso es natural. Si convenimos en que somos un país distinto de los otros, nítidamente individualizado y deseoso de acentuar con vigor sus rasgos fisonómicos. Si creemos poseer cualidades, virtudes, inclinaciones que hacen de nuestro tipo social algo digno de existencia, de supervivencia y de progreso, nada menos concomitante que las actitudes de donde se desprenda la vergüenza insensata de nuestra genealogía. Porque somos indios y no simplemente europeos degenerados por el medio tórrido; porque en nosotros circula sangre de los incas y de los caciques que crearon y desarrollaron una fastuosa civilización, rica y moral, regida por sabias leyes; una civilización artística, dentro de la cual el ardor bélico estaba templado por una vocación contemplativa, por una elación mística, por un perenne fulgor trascendental, estamos capacitados para esperar un mañana que sea menos atormentado, menos sórdido que la vida europea, envenenada hoy por las pasiones destructoras que todos conocemos.

Conozco libros pseudo-científicos, escritos por ilustres mestizos nuestros, así como exposiciones y estudios, en los cuales el indio aparece impiamente caricaturizado, pérfidamente deformado, y exhibido como una lacra de la nacionalidad, como elemento de retardo y retroceso. Es difícil espigar más triunfalmente en el campo de la ineptitud. Todo grupo étnico es susceptible de caer en la miseria, en la abyección y por tanto en la doblez, vicio éste último que se le adjudica al



indio, si se le sojuzga para robarle y luego se le abandona y se le confina y se le aísla por descuido o por codicia. El disimulo indígena, que en las razas adaptadas y cultas es discreción, cortesanía, sentido de tacto, exáltase y exaspérase en los vencidos como una coraza, por el mismo proceso que endurece la piel de ciertos animales en ambientes adversos. Pero la disposición indígena espontánea, y así lo narran los cronistas de la Colonia, es a corresponder con una noble lealtad los avances generosos del desconocido. Es inevitable que llegue al recuerdo, cuando se lee la vieja cantinela de la hipocresía taimada de los indios, aquel episodio infamante de Cajamarca, sobria y bellamente descrito por el prelado ecuatoriano González Suárez, y en donde brillan igualmente la desprevenida confianza de Atahualpa y de sus súbditos, que van inermes a la entrevista con Pizarro, y la fidelidad de los íntimos, que rodean a su señor mantienen en alto las andas imperiales, cuando las tropas españolas los acuchillan y destrozan sin compasión. No es honorable tomar una raza para analizarla, lejos de su apogeo, de su normal desenvolvimiento, vejada y oprimida, cuando el temor y la venganza se sustituyen a sus permanentes modalidades.

En el indio reside una dulzura natural, que se traduce en el deseo de vivir pacíficamente; y sus irrupciones y ataques, según lo atestiguan las tribus de la región amazónica, como los guajiros y otras, no surgen sino después de largas injusticias y de crueles persecuciones. Los defectos que se les cargan a los indios, son las características de todas las comunidades extorsionadas al través de la historia. ¿Por qué desconocer sistemáticamente, en cambio, la lírica predisposición panteísta del aborígen, su obediencia sagaz a los mandatos de la naturaleza, su secreto instinto de parsimoniosa armonía?

Hay que subir, despojado de tontos prejuicios, al enigma indígena y escrutarlo con veneración. Hay que escuchar en los amaneceres de las posadas, leyendas y charlas, evocaciones y



propósitos. Hay que saber cómo aman los indios, cómo cantan sus penas y sus alegrías; hay que interpretar concienzudamente las anécdotas de la conquista, para no sumarse al coro de quienes pensando que injurian y deprimen a una raza extraña, son los detractores de su cuna y de su patria. Si será pura y noble la raza que, desdeñosa de todo artificio y casi por completo desligada de la superstición idólatra, dirige su adoración al centro de la vida, al astro inextinguible, y en templos abiertos, sobre el ápice de los montes, se postra todavía para pedirle al sol los dones supremos, la paz del alma y la dignidad de la muerte! El indio no edifica su rancho, si de él depende la elección, en el valle, en la explanada, ni a orillas del río. Escoge siempre las alturas, para estar más cerca del Padre, y para vigilar con su mirada melancólica la tragedia vespertina en la cual es diariamente vencido, como él, por los poderes tenebrosos y procura también, signo interesante de las posibilidades de la raza ante una cruzada defensiva, adquirir unas varas de tierra, no en medio de las haciendas de los dominadores, sino en donde fue el antiguo resguardo, que destruyó un error de la República.